

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

Tip. de Dublán.



"MOISÉS" DE MIGUEL ANGEL.—ROMA.

EL HIMNO DEL ULTRAJE.

En estos momentos, París vive en el Odio.

Las palabras de concordia, las santas voluntades, las aspiraciones al bien, la ciencia, la moral, la poesía, el espíritu, todo, todo se dobla bajo las ráfagas formidables de una tormenta demoniaca.

La gran ciudad está poseída por la fiebre visionaria.

El Gobierno tiene miedo, mucho miedo, y se hace criminal.

La Iglesia, hipócrita y rufiana, atiza rencores, entrechoca intereses, cava sepulturas, soñando un instante en la restauración de su tiranía.

El Ejército, asesino latente, sintiendo palpitar en su seno el alma de Napoleón, el asesino glorioso, cree que el Rey se despertará, vengador, del sueño que duerme bajo el domo de oro de los Inválidos.

La Prensa gigantesca, con sus millares de ojos ardientes, con sus millares de lenguas caldeadas, oraculiza fatídicamente sobre su trípode, como Pitonisa demente.

Y la gran ciudad poseída por la fiebre visionaria, lanza á lo largo de sus avenidas y á lo alto de sus torres, un grito histérico, robusto, enorme, brutal, mientras pasan bajo el Arco de Triunfo, envueltas por las épicas clámides del sol, con la vida espectral de las evocaciones, las legiones de muertos de la historia! . . .

Detrás de los legionarios viene un tropel de perras flacas, bravas, hambrientas, el tropel de las Envidias, aullando, mordiendo, devorando honras, vorazmente, vorazmente. . . .

Cada vez más sonoro, sonoro hasta vibrar en todo el mundo, aquel grito es un himno, es el Himno del Ultraje.

* * *

Es el alma humana el instrumento más perfecto de la Música. Los mares rientemente melodiosos ó

turbulentamente sinfónicos, los cielos con sus fulgurantes armonías piadosas, ó con sus tragedias de astros devorados, no alcanzan el divino lirismo del alma que ama y del alma que odia.

* * *

Un día, un Poeta arrojó una palabra de justicia á su pueblo. El pueblo se embraveció, tormentoso. Pueblo pasional, era grande amando y fué grande odiando. Y de su odio brotó el ultraje.

* * *

Los sarcasmos mordían al Poeta, las injurias le abofeteaban, las calumnias iban hasta el fondo de su corazón á desenterrar sagradas memorias para profanarlas, á su sed le daban hiel, á su virtud espinas, á su dolor latigazos, á su cuerpo cruz, á su alma anatema. . . . El seguía, en medio del oleaje, alumbrando con las irradiaciones de su frente!

* * *

Fué llevado ante la Justicia. Allí dijo que su obra era buena, de paz, de amor, de poesía. *Sancho Panza* lo condenó. El pueblo aplaudió á *Sancho Panza*.

* * *

El Himno del Ultraje crecía, crecía, crecía. . . . tocaba los límites de lo humano, entraba al espacio puro de lo divino. . . . allí era un Himno de Amor!

* * *

Y yo pienso que no hay una gloria más grande que la de ser odiado tanto, puesto que el odio, ¡oh Zola! no es otra cosa que la cólera del amor.

París, 1898.

JESÚS URUETA.



PRADERAS DE OTOÑO.

Llora el Otoño que se va! Llora sobre las auras opacas que se levantan bostezando en lechos de fríos plumones, en alcobas de muselinas densas; llora sobre los helados mediodías que pasan, todos bruma, con un sol escarlata en medio, como polares osos blancos de jadeante lengua roja...; llora en los largos crepúsculos que ahondan el tedio y magnifican la melancolía y en cuyo albor indeciso palidece un cadáver: el Sol, y albea un fantasma: la Luna....

Dónde están mis tardes mexicanas, de largas nubes sombrías y vivos ampos dorados, áureas y negras como la piel de una tigresa....? Llora el Otoño inconsolablemente....! Los vidrios de mi ventana están llenos de lágrimas, y en estos instantes en que la nostalgia se obstina en besarme como una odiosa querida, el primer huracán del Invierno golpea brutalmente la vidriera dolorosa con el bofetón de un rufián sobre una mejilla inconsolable....

Llega este Invierno sonando una glacial «tocata» en su clarín de hielo. Lo preceden sombríos heraldos de negras armaduras crujientes, de grandes airones tempestuosos.... En el yerto campo de batalla se arremolinarán las ventiscas y se desplomarán los aludes....; hay legionarios que despedazan los témpanos para hacer hachas; toda una falange aguza lanzas y dardos de hielo.... Y en brutal desafío, en provocación insolente, choca el Invierno su álgida rodela con el broquel del sol, sonoro y áureo!.... Los rayos del sol se tienden lacios como aljabas de oro lanzadas por brazos pusilánimes...

Ya no tiene el Sol áureos paladines que llenen de púrpura el estadio, sino efebos cobarde que tienden flavas antorchas nupciales cuando el Invierno, para preñarla de huracanes, busca en su tálamo á Nivosa.... Pero aún el Otoño vive, y antes de que el Invierno triunfe celebrará luminosos festivales el Otoño, triste y glorioso como un César decadente, sabio en sus magnificencias, pródigo en sus pompas, agonizando entre flores que se deshojan, entre perfumes que arden, entre hetairas que cantan, dejándose morir suntuosamente como un Emperador Bizantino!

* * *

Entre los días álgidos y pluviosos del Invierno que avanza, hay en el Japón luminosas mañanas y tardes magníficas. Los jardines, antes de dejarse besar por la nieve, hacen alarde de un brillo inaudito, y en praderas y bosques, donde los bambúes echan á volar sus últimos plumones de esmeralda, donde los cedros resisten austeros como ascetas y vigorosos como guerreros, brilla el «momiji» con su milagrosa policromía! El «momiji» es el arce nuestro, el «eràble» de Francia, el «maple» de la corona británica, el «Acer polymorphum» en fin, de los botánicos.... Con las otoñales crisantemas, con la primaveral flor del cerezo forma la regia trilogía en el poema floral del Japón....

Como los griegos las «Antesterias», como los latinos sus «Floralias», como la pecadora Niza contemporánea los floridos combates, el Japón ce'ebra

las fiestas de sus jardines. La vida social de este pueblo refinado está regada de flores, está regida por un ceremonial y una etiqueta donde las flores enardecen sus tintas y exhalan sus aromas. Ellas intervienen en los nacimientos, en las «fiançailles» y en las nupcias; acompañan al asceta que se despidе de la vida y al paladín que va á encontrar á la muerte; hay flores para la cabecera del enfermo y para las canas del anciano; otras riman el ritual de los sagrarios ó recelan en su corola una muda plegaria para implorar de las divinidades agrícolas la lluvia y el buen tiempo; hay flores que sólo deben ser contempladas al fulgor de la luna, otras para las fiestas de thé, para los cinco festivales ó para la ceremonia del incienso y peonías ó camelias, lotos ó iris, crisantemas ó claveles, tienen sus funciones, sus atributos y sus virtualidades..... Un daimio ó una musmé, un samurai ó un bonzo, poseen su biografía escrita con flores y todos los actos de su vida, placenteros ó adversos, tiernos ó ingratos, se sintetizan en unas cuantas flores que duermen marchitas, siendo la historia de una vida, en el seno de un cofre de laca.

* *

El «momiji» esplende bajo los fulgores dorados del sol de Otoño y las flores de ese árbol único con sus hojas, sus ramos polimorfos y policromos. Cuando llegando á Oji, el mágico suburbio de Tokio, contemplais el primer «momiji», en vuestra admiración surge una duda y vuestras ideas se resisten á admitir la verdad del prodigio! Tenéis enfrente un árbol casi arbusto cuyos brazos brunos y caprichosos soportan un follaje milagroso! Aquel árbol es de un paisaje de las «Mil y una Noches» ó surgió de la paleta del Veronés hecha semilla? Es en realidad, un árbol ó bien una orfebrería, un capricho de los mosaicistas nipones? Las hojas de aquel arbusto son de un color rojizo-azafranado al primer golpe de vista; pero acercaos y mientras una ráfaga otoñal sacude sus frondas, ved cómo las hojas cintilan con lumbres doradas, con verdes fosforescencias, con brillos de topacios y granates, con flamas de fogata, chispas de ascua, brillos de sangre en coágulos, rubores de coral y llamas de fuego fatuo!... Tomad una hoja, quizás es amarilla, surcada por vénulas de carmín, ó color de oro viejo oxidado de escarlata, ó blanca y franjeada de esmeralda, ó toda de carmín y ocelada con máculas de nieve... El Sol de Otoño declina; en la casa de thé, frente al bosque de «momijis» hay una parvada de «musmés» no del todo honradas, que beben «saké», el licor nacional, en dedales de porcelana. Una turba de estudiantes de grises kimonos y latina alegría aplaude la danza ondulante de una «gueisha» cuyo rostro es la máscara de un Pierrrot y cuya breve boca es un húmedo grano de coral....

La bailarina ejecuta el paso de baile en que su cinturón de brocado se desata y en que su hermosura se entrega á los besos de los mil incubos que revolotean en torno suyo... Va á caer el cinturón, la hermosa va á entregarse; los laudes suspiran amorosos y femeninos y de las cuerdas de los ne-

gros salterios parece que surge un tropel de sátiros jadeantes.... Las miradas se encuentran y desfallecen....; los labios avanzan hacia las bocas.... y en aquel crepúsculo inolvidable se desembozó el Sol, surgiendo de repente entre una nube obscura y cayó sobre los «momijis» en glorioso torrente de lumbre.... Y aquellos árboles policromos y polimorfos temblaron bajo las últimas caricias de la tarde, se incendiaron como un fuego de artificio y lanzaron su alma al cielo, chispeando, rutilando, centelleando, como la erupción de un joyero oriental, arrojando á puñados, con sus brazos negros, rubies y topacios al Sol y glaucas obsidias y turbias ágatas y perlas tornasoles y negros diamantes á la Noche que atropellando el crepúsculo, los envolvió por fin en su tiniebla infinita!...

Yokohama, 1900.

* *

BUCOLICA.

Pasó el verano japonés de siestas soporosas y desesperantes bochornos... Las musmés han plegado sus abanicos y cerrado sus sombrillas de pinturas desvanecidas, como decoradas al pastel, ó pintarrajeadas con la violenta policromía de los mosaicos... Breves abanicos y grandes parasoles yacen ahora en el fondo de los baúles de alcanfor y sándalo, junto á los brillantes «Kimonos» que preserva de la destrucción la momia de una cantárida (*). Al fin se ha nublado aquel Sol implacable cuyo enrojecido yugo dobló á los animales jadeantes; á las flores que, bajo brutales ósculos de fuego, perdían sus aromas como una virginidad; á los árboles que sudaban savia; á las aguas que cambiando la alegría de sus cristales por turbios vahos, se arropaban dolorosamente en la bruma, desvanecidas por aquella lumbre que llevó su tórrido estupro hasta el seno de los claros manantiales....

Cuando las Náyades y las Ninfas de las fuentes se sumergían en lo más hondo de los estanques, huyendo la brutal embestida del Sol lujurioso; cuando al cruzar los aires encendidos, caían sofocadas las palomas tornasoles... entonces, sobre los pinos de negras cortezas que lloraban ámbar líquido, en medio de las flores violadas, entre los blancos lirios salpicados por la sangre del hymen bestial, había un sér único, feliz y jubiloso....

* *

Era la cigarra aquel sér! Su júbilo era una locura, su dicha una histeria, su felicidad un paroxis-

(*) Las japonesas creen que «la mujer que posea una cantárida, tendrá siempre hermosos trajes,» y cuidan siempre de depositar en el fondo de sus armarios el cuerpo de uno de esos coleópteros.... Esta creencia puede explicarse de dos modos: las propiedades cáusticas del brillante insecto, ahuyentando á la polilla mantienen en perfecto estado el guardarropa ó bien hay que admitir un sentido perverso y recordar las virtudes eróticas de la cantárida, que en la Edad Media, incorporada en los filtros, determinaba los «embovedamientos de amor?» El carácter japonés, ingenuo á la vez que refinado, hace inminente esta duda.—J. J. T.

mo!... El repiqueteo de su cascabel agrio saludaba el albor de las madrugadas serenas; el rechinar de su violín estridente señalaba los medios días y bebiendo gotas de Sol se iba la cigarra embriagando, hasta que congestionada por la lumbre y por la luz, borracha de fulgores y destellos, llenaba las siestas abrumadoras con la musical locura de sus chirridos, inflando su grito de duende hasta convertirlo en alarido, rompiendo con redobles inauditos los pequeños tambores de sus élitros, hasta que por fin en aquella orgía de sonidos, en aquel *sabbat* vibrante alcanzando su máximun, atronaba los aires un estallido ensordecedor... Las mil facetas de vidrio caían quizás hechas astillas? reventaban los crócalos y las panderetas? Las sonajas y los sistros, como racimos estrujados, desgranaban sus cascabeles?... Nada de eso! A poco el estridor volvía, el canto se obstinaba y después de los clamores meridianos y de los alaridos de la siesta, la cigarra encontraba el modo de profanar, en selvas y jardines, el casto silencio de las noches de luna!

*
* *

Ese canto acompañó mis días de más acerba nostalgia.... Soñando con mi amada cuya imagen destellaba en mi memoria como una custodia en una capilla desierta, me internaba en el misterio de las selvas profundas, buscando un silencio digno de la doliente majestad de mi amor, anhelando una intensa penumbra sobre la cual pudieran irradiar todas las claridades de la querida imagen evocada! Llegaba hasta el seno de los boscajes donde tienen sus templetos los dioses rústicos; el césped estaba tibio como si acabara de servir de lecho á las hamadryadas desnudas y bajo la sombra húmeda se ahondaban al ras de la grama, diáfana

nas cisternas, en cuyo fondo había inmóviles carpas y murenas dormidas....

Pero en aquellos días encendidos, en aquellas mañanas incandescentes, en aquellos sofocantes crepúsculos cuyos soles chirriaban al hundirse en las negras aguas de la noche, mi pupila hastiada de luz no pudo encontrar una penumbra, y mi oído exasperado por obsesoras vibraciones no pudo descansar en el silencio....

La cigarra agria, estridente, convulsiva, profanó esos silencios absolutos que el alma del poeta llena de suaves eufonías, de murmullos amantes y de apasionados suspiros!... La aterciopelada voz de mi adorada, la inflexión doliente de sus quejas, el susurro de sus confidencias, la airada vibración de sus reproches, la sofocada angustia de sus sollozos y la alegría infinita de sus risas, todo ese tesoro de melodías, de arpegios y de trémolos que el silencio y el amor hubieran evocado eficazmente, se perdieron entre la odiosa vibración infinita de los insectos estivales!....

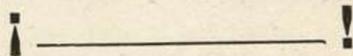
*
* *

Hoy que sopla el viento de Otoño, caen de las altas frondas, con las hojas amarillas, los enjutos despojos de las cigarras muertas, y las veredas y los senderos se cubren de hojas mustias y de breves cadáveres.... Hoy el silencio autumnal es propicio á las amantes evocaciones, y la voz querida encanta mi oído con hondos arpegios y suspiros de harmónica.

Y si el aura vespéral hace crepitar la hojarasca, me halaga la ilusión de que mi amada marcha vengadora, haciendo crujir dolorosos, bajo sus pisadas leves, los muertos élitros cuya música agreste fué ayer adversa á los ritos de nuestro amor...!

Honmoku. Japón, 1900.

JOSÉ JUAN TABLADA.



No morirá tu rápida sonrisa
sin que yo la recoja entre mis labios;
es, bañada de olor, soplo de brisa
que el cardo conmovió de mis agravios.

Diosa impasible en vano con mis ruegos
ay! puse un ormesí bajo tu planta,
tus ojos todos luz estaban ciegos
y muda á mi reclamo tu garganta.

No era tu desdén; tu indiferencia
lo que en mitad del corazón me hería:
mi presencia á tus ojos era ausencia,
y mis versos sin luz, ni poesía.

¿Cómo te emocioné?... Con una estrofa
que nunca oíste en tu triunfante marcha,
y era de crueldad, era una mofa
envuelta en los cristales de la escarcha.

La herida fué de amor... ó de despecho,
pero á mí te volviste sonriente,
apretando las manos contra el pecho,
cubierta al punto de rubor la frente.

Oh secretos sin fondo del cariño!
Oh misterios eternos y sin nombre!
Casi, momentos antes, era un niño;
en el instante aquel, era yo un hombre.

JESÚS E. VALENZUELA.



A UNA TÓRTOLA CIEGA

La parda sombra de gallardo pino,
El agua amena, límpida y sonora
No tornarás á ver, ni el alba aurora,
Ni la nube, el zafir, ni el sol divino.

Entre el ramaje de olmo peregrino
Tu volar suspendió liga traidora
Y de esclava el dogal, en negra hora
Te puso al cuello tu infeliz destino.

Y la selva al dejar y aura natía
Tan vivo fué el dolor, tu pena tanta
Que apagó para tí su luz el día.

Si encadena la suerte aquí mi planta
Y si tu patria ¡ay misero! es la mía,
Ven, llégate, avecita . . . ¡llora, canta!

CLEARCO MEONIO. (*)

1900.

(*) Bajo este pseudónimo, que es su nombre entre los Árcades, escribe el insigne poeta Ilmo. Sr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, Obispo de Veracruz, á quien la "Revista Moderna" agradece debidamente la honra que le ha dispensado al enviarle para su publicación este bellissimo soneto.

FLOR Y FRUTO.

Viola tenía los cabellos blondos, tan rubios como las espigas de estío, y tan caudalosos que un paje bien hubiera podido llevarlos como la cauda de su reina.

Viola tenía, además, la pequeña boca siempre entreabierta por una sonrisa; sonreía siempre, sonreía sin saber por qué la extrema sensibilidad de sus nervios cubiertos por una tez blanquísima y sedecia, salía á flor de su boca en una perenne sonrisa seduciente. Pasó, pequeña y graciosa, abanicando con sus blondas la mesita en que nosotros bebíamos un espumoso bock de cerveza, esparciendo la frescura de su sonrisa en la tarde calenturienta de Abril....

—¡Qué primor!—dije yo.

—Semeja la encarnación de la alegría, y tiene una historia bien triste,—dijo mi amigo, y prosiguió:

A Viola, que adolescente era un botoncito de rosa, le impresionaban los amorios románticos de los pollos más guapos. En las noches de luna, placíale flanear con sus amigas por los senderos floridos de los jardines solitarios, y allá iba tras ella, tras ella solamente, una nube de jovencitos blasonados con los nombres más aristocráticos, á cortejar á la primorosa Viola que sonreía, sonreía siempre en su inconsciente promesa de felicidad. Por ella hubo desafíos de futuros caballeros, lides de amor por su sonrisa, navajas abiertas por atavismos macabros en callejuelas desiertas á donde los pequeños Don Juanes iban á disputarse á Viola.

Su fama de cautivadora esparcióse por la ciudad; las muchachas casaderas la miraban con envidia disfrazada de curiosidad; los garzones conquistadores inscribiéronse en la corte de amor del hechicero botón de rosa que en breve tiempo, milagrosamente, se había abierto en magnífica flor de juventud, aunque sin dar aún su olor, como el nardo de Sulamita. Y esa flor, abatida por mariposas sedientas, por abejas insaciables, debía ser tronchada en breve. Una mañana en que pasaba la preciosa por una de las avenidas brillantes, en el ardor del medio día, ataviada y seductora en su sonrisa turbadora, al pasar frente á un bar elegante, una cortina de seda se alzó con presteza y dos ojos ávidos devoraron á la niña, que acariciada por ellos, ruborizóse y sonrió....

—En verdad es guapa!—dijo Rogerio Aldaz á dos camaradas con quienes libaba alegremente,—y juro por la infancia de Baco que la gozaré como gozo esta copa!

Y vació su bitter de un trago.

Desde entonces el irresistible calavera asedió á Viola sin misericordia: más audaz y más práctico que los amadores platónicos de la linda rubia, se

hizo corresponder de ella, que estaba orgullosa de ver rendido á sus pies al galán más famoso entre la garzonía turbulenta; las citas á media noche fueron concedidas pronto; las frases quemadoras de Rogerio abrasaron el corazón apasionado de Viola, sus nervios vibrátiles se espasmodiaron en los dulcísimos coloquios y concluyeron por rendirse á la soberana voluntad del vencedor; y una noche en que él desplegó todo el prestigio de su palabra arrolladora, la niña, rendida, le dijo en un suspiro: —«¡Llévame!»—y él no tuvo más trabajo que alzarla en sus brazos codiciosos para que salvara las medias rejas de su balcón bajo, y raptarla, semidesnuda y palpitante, para hacerla suya.

El idilio duró breves meses. El seductor, protegido por la orfandad de Viola, pudo ostentarla en triunfo por la ciudad, más bella que antes de ser raptada, florida y joyante, caída en sus brazos como abejaruco seducido por fascinadora serpiente; pero cuando Viola, en su inocencia sorprendida, comprendió que su pureza habíase deshojado; cuando, atada á su amor fatal, vió desaparecer la pléyade de sus amigos y el cortejo de sus amadores, alejados unos por el estigma social de Viola y otros por miedo á Rogerio, la dulce niña comenzó á entristecer y á marchitarse. Su gracia deleitosa, la sonrisa, desapareció con su pureza y su alegría, y cuando el amante la vió pensativa y desconocida en su taciturnidad, pronto se hastió de ella. Las macabeas y el bar lo atrajeron de nuevo; las copas desdeñadas por el ardor de la conquista femenina llenaron el vacío de su desencanto; pero encontróse súbitamente repudiado por las bellas á quienes saludaba en la calle y fríamente acogido por sus amigos: solamente sus camaradas de taberna le acogieron alegremente pidiéndole noticias íntimas de Viola, con curiosidades de libertinos que olfatean un nuevo placer.

Rogerio no era tan depravado que no repugnara tales preguntas; alejóse también de los antiguos camaradas que pisoteaban una pureza que solamente él había tenido derecho á hollar, y encontrándose súbitamente desencantado, joven, rico, libre, un día desapareció dejando á Viola bajo un sobre un rollo de billetes. La dulce niña se vió entonces abandonada y sola, á la merced de una ronda de codiciosos de su belleza y juventud; pero esta vez no era la garzonía florida de los aristócratas imberbes, sino una ronda fatídica de banqueros, viejos sátiros, libertinos, matronas que la asediaban, la acosaban sin descanso. Pintábanle con aborrecible hipocresía su desamparo, su irremediable miseria, su falta de sostén; unos cínicamente declarábanle su amor y su deseo; otros cobardemente franqueaban su puerta en nombre de antiguas

amistades de sus hijas ó de sus hermanos con Viola; pero ella se mostró inflexible, incorruptible, inexpugnable.

El amor habíala abierto los ojos á las traiciones de la vida; comprendió la fatalidad de su caída cuando la sonrisa desapareció de su boca; lloró la ausencia de Rogerio y su cobarde abandono con lágrimas amargas; pero la alivió un celestial consuelo al sentir en sus entrañas la renovación de su vida. Desde entonces prometióse, arrepentida y fuerte, no descender en la pendiente, ser toda para su hijo, ofrecer á la adolescencia del niño la honradez de su vida pura, para que él al comprender la vida no se sonrojara de ser hijo del amor. Pero en su ignorancia de las necesidades y las miserias no pensó que el dinero se agotaría, y encastillada en su casa fué consumiendo uno á uno los billetes que constituían su efímera fortuna. Una mañana vió con terror que cambiaba su último billete y que desaparecía rápidamente. Llegó el primer día en que faltó el dinero y su criada le aconsejó vender una lámpara; poco á poco fué vendiendo todo lo que poseía, y al aproximarse por momentos su alumbramiento, no le quedaba más que un colchón para recibir á su hijo, pues había vendido su lecho para afrontar los gastos del parto. La criatura nació, linda como un querubín, un niño, y la pobre y feliz Viola, apenas se puso en pie, lo llevó al Orfanatorio, á que se lo cuidaran mientras ella trabajaba en un taller para ganarse la vida.

Habían pasado más de dos años cuando el brillante calavera Rogerio Aldaz volvía de un viaje por Europa, donde había bebido y gozado á sus

anchas, donde había saboreado todos los placeres con la avidez con que un día vaciara una copa de bitter. Volvía con un joven gentilhomme español á quien le mostraba su ciudad con el orgullo de mostrar la única ciudad mexicana de abolengo ilustrísimo; y una tarde en que con su tarjeta se había hecho abrir las puertas del Orfanatorio, enseñaba á su amigo los diversos departamentos cuando se detuvo de pronto ante una aparición que lo dejó arrobado y petrificado:

Una rubia primorosa, humildemente vestida, daba el pecho á un pequeñito bimbino, y la púrpura del pezoncito del casto y culminante pecho era tan viva como la boquita que se contraía en ávida succión. La joven contemplaba al niño que la sonreía, y Viola sonreía también, con su antigua risa infantil y cautivadora. En un instante Rogerio evocó el paisaje de su felicidad de amor, la sonrisa que lo había cautivado y enardecido y que ahora le despertaba una emoción intensa y desconocida, profunda y dulcísima, ante aquel niño que era su vivo retrato, el retrato de Rogerio niño en uno de los cuadros de la galería señorial de su familia.

Alzó Viola los ojos sonriendo siempre, y al reconocer á Rogerio lanzó un grito, cubrióse el pecho súbitamente y púsose encendida como la grana, mientras Rogerio, flaqueante y dichoso, arrepentido y venturoso ante la flor y el fruto de su vida, decía lacrimoso estrechando á la madre y al niño contra su corazón:

—Marqués, esta es mi Viola muy amada y este es mi hijo, y os pido con toda mi alma que apadrinéis mi boda!

RUBÉN M. CAMPOS.

FAUNALIA.

A Ciro B. Ceballos.

Lloró la Danza en el teclado,
Y entre la luz y los aromas
Del camarín flordelisado,
Como un suspiro sofocado
Sonó un arrullo de palomas.

Atormentaban los turgentes
Senos el lino de las batas,
Y en las alfombras insolentes
Se deslizaban indolentes
Las zapatillas escarlatas.

Desparramaban sus reflejos,
Ojos, turquesas y diamantes,
Y retrataban los espejos
Los azabaches y oros viejos
De los toisones lujuriantes.

Kipris brindaba su ambrosía,
Baco sus uvas y sus lauros,
Y en el desorden de la orgía
El baile lúbrico seguía
Como un galope de centauros.

Sangraban labios de granate,
Tentaban bocas hechiceras,
Y las lujurias, su acicate
Encarnizaban en el mate
De las olímpicas caderas.

Bregaba el pecho sofocado
Por el fulgor y los aromas
Del camarín flordelisado,
Y suspiraba en el teclado
Una parvada de palomas.

Las crespas barbas en horquilla
Acariciaban la caduca
Coloración de la mejilla,
O deslizaban su cosquilla
Por el armiño de la nuca.

Y en los espejos biselados
De aguas glaciales y serenas,
Se destacaban reflejados
Broncos tritones irritados
Ciñendo grupas de sirenas.

EFRÉN REBOLLEDO.

MUSA DE AJENJO.

Tus ojos de felpa oscura
 tienen extrañas virtudes
 que provocan la locura.
 Con su fijeza inquietante,
 parecen dos ataúdes
 que acechan almas de amante.

¡Cuán tristes son tus amores!
 El lecho en que hemos soñado
 fué un cementerio con flores,
 y el surco de mi quimera
 parece un crespón atado
 en la curva de tu ojera.

Mudos los dos en la sombra
 del diván, con miedos vanos
 soñamos que alguien nos nombra.
 Y en la bruma de las dudas
 vemos que pasan gusanos
 sobre las carnes desnudas.

No sé lo que eres. Tu boca
 es un secreto sin dueño,
 y hay en tus besos de loca
 un vago mar de ambrosía
 donde navega un ensueño
 como un bajel, hacia el día.

Pero tus ojos de estanque
 donde flotan cuerpos muertos,
 detienen el noble arranque
 y dan al alma angustiada
 una impresión de desiertos
 por donde marcha la nada.

Cuando la noche ha llegado
 y la ciudad se ilumina,
 consuelas al que ha llorado:
 tu sexo, es un vaso lleno;
 tu amor, es una neblina,
 y tu espasmo, es un veneno.

Eres diosa y cortesana.
 Hoy criminal, tu persona
 puede ser santa mañana.
 Y es justo que estés serena,
 porque, si hay Dios, te perdona,
 lo mismo que á Magdalena.

MANUEL UGARTE.

Paris, 1900.

(Colaborador Argentino).



UN REFRACTARIO.

A Jérôme Doucet.

Del zanjón de Waterloo donde se desangraba, acomodado sobre un codo, Pitois miró la llanura. Estaba roja de soldados muertos. Entonces el *rigo-dón* de la Guardia hipó en su memoria: «¿En dónde puede uno estar mejor que en el seno de su familia?».....

—«Es verdad—dijo Pitois—y me voy á buscar el camino de la muerte para volver á encontrar á los antepasados.»

Con firme puño desenvainó su sable, é iba á hundírselo en el corazón, cuando advirtió, acostadas cerca de su saco, las tristes orejas de un vecino, de un camarada herido que le miraba resoplando. Era su viejo caballo Bautzen. Entonces, sintiendo que dejaba á alguno en la vida, el dragón se levantó, arrojó su sable, y como hundiese la mirada, indeciso, en los años que tenía que vivir todavía, distinguió á lo lejos pequeñas cosas, que lo llamaban.....

Era un sueño de campiña de los días posibles, un rincón en las flores y en los recuerdos. Hizo levantar á su caballo y partió.

Después de los *Adioses*, rico de una renta de quinientos francos que le producían once campañas y ocho heridas, vino á establecerse en Beaume-la-Roche, en Bourgogne, y llevaba con él, además de una bala de Blücher que rodaba siempre en su vientre, un reuma de Borizow—y su camarada Bautzen.

Era un caballo de dieciocho años, peludo, con los dientes salidos y las clavículas huecas. Tenía las pestañas blancas, un poco de roña en la nariz, el hueso de su quijada cortaba como una navaja de barba. De gris sanguíneo que era en Essling, se había vuelto tordillo en Waterloo—de pesar tal vez—en seguida blanco y después amarillo. Y ahora, un poco embrutecido, sin aliento y sin haba, la cabeza baja, parecía no saber ya qué color tomar.

El burgo que habitaba, en lo alto, en un pequeño pedazo de azul, entre una iglesia de cuatro escudos y dos setos de higueras, contaba diez pequeñas fogatas y treinta buenas almas. El soldado se había hecho allí un jardín, é inmediatamente, curiosas, apresurándose á ver al veterano, se habían presentado bellas damas imperiales, rosas de la Malmaison.

Pero ¿qué hacer de ellas? Las manazas del soldado no habían manejado sino sables; ignoraban el arte de los ramilletes. ¿Su perfume? Su vasta nariz era un abismo en donde el alma de las rosas, timoratas, no pasaba más allá de los bordes. Fueron útiles, sin embargo; como los que hacen matrimonios, Pitois las sembró de abejas, no las abejas primerizas, sino las bellas rubias del *Manto*.

Una racha de invierno sobre sus flores, tales eran hoy sus batallas. La humanidad, después de la

muerte del Emperador, no era ya sino un sueño para el soldado. El caballo de Luis XVIII pisoteaba la Redingote; sobre el águila borrada se había pintado una flor blanca, no había felicidad verdadera sino en su propia casa, cerca de su bagage, liado para la partida.

Y así, entre sus abejas, su caballo, sus rosas, había llegado á encajar la Europa en su jardín, á hacerse un sueño, corolario del *grande*, una especie de Imperio empequeñecido, pero lleno de flores.

Un día el alcalde fué á verlo. Esto pasaba en el jardín; Pitois escuchaba, la cabeza baja, y á medida que el otro hablaba, palidecía.

—Entonces, dijo, es verdad: el rey, como decís, quiere verme?

—A vos y á los otros. Quiere hacerse presentar todos los viejos soldados del Imperio y examinar los retiros.

—Es preciso ser educado.....

—¡Ah, bueno; si no lo fuésteis!

El viejo suspiró. Era un hombre testarudo que no había caminado sino sobre cuatro ideas en veinte años.

—Es duro, señor Alcalde, para uno de la Guardia, como yo. Si no fuera este Bautzen que no quiere sino forraje fresco..... El otro le tendió la mano, pero Pitois guardó la suya. Se separaron.

Pero en el jardín quién ha hablado? Qué nueva de desgracia repentinamente pone en confusión á las rosas? Se levantan las faldas, hacen mimos; son rosas más rosas, y miradlas, rosas de vergüenza. «Demonio! señor, cantan las abejas, se nos olvida, nosotros os escuchábamos.»

El padre Pitois las miraba conmovido.

Desde entonces no lo abandonaron. Zumbaban sobre su cabeza, le cosquilleaban los cabellos, el cuello y los dedos, entraban en sus orejas, en sus bolsas, y aun una se posó en la extremidad de su nariz como una amenaza. Llegado el día fué á ver á Bautzen.

De su jacalón de glicinas, todo costroso de gloria, el caballo lo miraba venir. Pitois se instaló, y con una voz temblorosa que cuchicheaba:

—Dime, Bautzen....

El caballo quiso relinchar. Se inflaron sus narices, de donde cayó un poco de polvo muerto.

—Es preciso que vayamos á Dijon—dijo el soldado—el rey quiere vernos.

Bautzen abrió los ojos repentinamente; en ellos pasaba 1814 como una triste imagen.

—Sí, mi viejo, dijo con una caricia el veterano, adivino... Pero es preciso no faltar á esta cita bajo pena de reventar de hambre. No es moco de pavo un monarca. Levántate.

El caballo no se movió.

—Levántate! gritó Pitois, ó te llamo *Cobourg!*

El caballo se levantó.

Cuando fué ensillado, quiso salir,—pero era preciso pasar por el jardín. . . Allí estaban las abejas. Defendían la puerta, erizadas, furiosas; se hubiese dicho que habían tomado las armas—y alrededor de ellas, apesadumbradas, confusas por el escándalo, las rosas encogían sus pétalos y bajaban sus dulces caperuzas.

—Me fastidiais al cabo! gritó el soldado.

No había concluido, que muertas todas repentinamente, las rosas imperiales se deshojaron. . . .

—Diantre de historia! . . . se admiró el viejo.

Pero las abejas volvían en multitud. Entonces, como todas parecían decirle que se quedara, sin comprender, las arrojó con su bastón, montó en el caballo, y ya en la silla, con la blusa florecida y la cruz sobre el corazón, Pitois tomó el camino de Dijon para ir á ver á Mr. Bourbon.

Cuando estuvo en medio del camino:

—Un pequeño trote, Bautzen.

El caballo alargó el cuello, y temblando sobre sus cuatro pies, relinchó un reproche. Esto era lo más lamentable: no podía huir como las abejas, ni avergonzarse como las rosas.

—Un galope! Vamos, Bautzen, despiértate.

Pero Bautzen no se despertaba. Aturdido sobre sus cuatro zancos, miraba la colina; después como si adivinase que el rey estaba detrás, falseó de las rodillas, y se detuvo.

—Cojeas! gritó el viejo.

El caballo esta vez no tuvo la fuerza de relinchar. La colina llegaba, llegaba. No era muy alta; una cabra la habría saltado. Pero el caballo no tenía ya piernas, y á pesar de todos sus deseos, los celos lo decidían. Tembló y sacudió la cola. . . Sus ocho campañas lo detuvieron.

Traducción de «Revista Moderna.»

GEORGES D'ESPARBES.

THEROS.

I

El tren partió de la estación, machacando con sus patas de hierro las placas giratorias, como si gustara de expresar con el ruido la alegría que le posee al verse libre. Echaba sin interrupción y á compás bocanadas de humo, como los chicos cuando fuman su primer cigarro, y al mismo tiempo repartía á uno y á otro lado salivazos de vapor, asemejándose á un jactancioso perdonavidas ó á demonio travieso. Ni siquiera volvía la cabeza para saludar á los empleados de la línea, ni á las señoras y caballeros que poblaban el andén. Descortés y sin otro afán que perderse de vista, dejó atrás los almacenes, los muelles y oficinas de la *pequeña velocidad*, el cocherón, los talleres, la casilla del guarda agujas, y se deslizó por la *Cortadura*, un brazo de tierra cuya mano tiene la misión de asir á Cádiz para que no se lo lleven las olas.

Corriendo por allí, veíamos el mar de Levante,

—Tú también! gritó Pitois.

Continuar el camino á pie?

El rey habría quizá pasado, y el camino hasta Dijon es largo. Esta fatiga lo aterró. Llega un día en la vida en que el granadero cansado encuentra su colina, él también, la pendiente en que lo espera la muerte.

—Por el flanco derecho. Volvamos á casa.

Bruscamente volteó la brida y vió esta maravilla: Bautzen que tomaba el *trote*. Entonces, estupefacto, se puso á soñar en sus abejas y en sus rosas.

—Estas bestias son como su amo, no quieren hacer sino su antojo. Que se borre mi retiro! Nada de pan: rosas. Comeremos pasteles de miel, verdad, Bautzen?

El caballo tomó el *galope*.

—Ah! dijo Pitois, parece que tú no amas á Mr. Diez y Ocho. . . . Hace un momento no eras tan gallardo.

Fué obligado á contener á Bautzen que se desbocaba.

Todo era calma en su casa cuando entró. Las rosas habían reflorado, se habían abierto; se hubiera dicho una sonrisa sobre cada tallo. La colmena á su vez se volaba hacia él, acariciadora. Sentía á las buenas amigas sobre sus brazos, en sus cabellos, en todas partes, á lo largo de su blusa y sobre su sombrero! El mismo Bautzen estaba cubierto de ellas;—y como un gran sol, caído en la tarde, envolvía de púrpura la campiña, para recompensar al soldado le hicieron como al *Otro*, un autoritario manto sangriento, alado de abejas de oro, bajo el cual, orgullosamente á caballo, entró en su pequeño jardín, como un emperador!

las turbulentas aguas y el nebuloso horizonte, que bien podríamos llamar *el campo de Trafalgar*; veíamos por otro lado la bahía, en cuya margen se asientan sonriendo alegres ciudades y villas; veíamos también á Cádiz, que daba vueltas lentamente cual fatigada bolera, y tan pronto se nos presentaba por la derecha como por la izquierda.

Después, el tren pisó las charcas salobres de la isla, abriéndose paso por entre montes de sal. Franqueó los famosos caños en cuyos bordes España y Francia han dirimido sus últimas contiendas; cruzó las célebres aguas en que flotó el manto del último rey de los godos, y se dirigió tierra adentro avivando el anhelante paso. Llevábale sin duda tan aprisa el exquisito olor de las jerezanas bodegas, que más cerca estaban á cada minuto, y por último, la inquieta maquinaria dió resoplidos estrepitosos, husmeó el aire, cual si quisiera oler el zumo almacenado entre las cercanas paredes, y se detuvo.

Estábamos en la más colosal taberna que han vis-

to los siglos, llena de lo más fino, delicado y corroborante que en materia de néctares existe. Al llegar á aquel punto del globo, ningún viajero puede permanecer indiferente. Ve un glorioso campo de batalla sembrado de despojos, los mutilados miembros de la sobriedad vencida y destrozada por su formidable enemigo. El triunfo de éste es completo. Su insolente orgullo ha poblado de emblemáticos trofeos el campo. Millones de vides coronan de verdes pámpanos la tierra. Toneles hacinados se alzan en pilas, ó ruedan como borrachos que han perdido la cabeza. Todo es bulla, animación, mareo.

No se puede resistir á la tentación del hijo de Noé. Es del color del oro y tiene el sabor de la lisonja. Beberlo es tragarse un rayo de sol. Es el jugo absoluto de la vida, que lleva en sus luminosas partículas fuerza, ingenio, alegría, actividad. Su delicado aroma se parece á un presentimiento feliz; su gusto estimula la conciencia corporal. Engaña al tiempo, borra los años y aligera las cargas que nos hacen doblar el fatigado cuerpo. Lleva en sí un espíritu poderoso que se une al nuestro, y juntos forman una especie de seráfico genio, el cual, si se ensoberbece, puede trocarse en demonio.

Yo fui de los seducidos, y antes de que el tren partiera me llené el cuerpo de rayos de sol. Poco después admiraba las viñas, respetables madres de aquel insigne vencedor de las naciones, cuando sentí que me tocaban el hombro.

Sorprendióme esto, porque me creía solo en el coche; volvíme con presteza y,

II

... en efecto, era una mujer; quiero decir, que al volverme ví á una mujer. Al partir de Jerez hallábame solo en el coche. ¿Cómo, cuándo, por dónde había entrado aquella señora? He aquí un punto difícil de aclarar, mayormente cuando mi cabeza, forzoso es declararlo, no gozaba del beneficio de una perspicacia completa.

«Caballero....

A esta palabra siguieron otras que no pude entender bien. Tengo idea de haber dicho:

«Señora....

Pero no estoy seguro de lo que tras esta palabra balbucieron mis torpes labios, aunque debió ser alguna frase de cortesía.

Es indudable que yo estaba aturdido, no sé en realidad por qué, como no fuera por el maldito zumo de oro que había alojado en mí. Hallábame cortado y absorto, y seguramente contribuiría mucho á esto el aspecto singularísimo y por mí nunca visto de aquella persona.

Causábame estupefacción indecible su persona y su traje, del cual no podía apartar los asombrados ojos: y en verdad, no es fácil imaginar atavíos más originales. No debía sostenerse que el traje de la dama fuese extravagante, sino que no tenía traje alguno.

Tengo idea de haber dicho á medias palabras, teñida de rubor la cara y apartando los ojos:

«Señora, tenga usted la bondad de vestirse.... Ese traje, mejor dicho, esa desnudez no es lo más á propósito para viajar en pleno día dentro de un coche del ferrocarril.

Echóse á reír. Era de una hermosura sobrehumana.

Yo recordaba vagamente haberla visto en pintura, no sé dónde, en techos rafaelescos, en cartones, dibujos, quizás en las célebres *Horas*, en relieves de Thornwaldsen, en alguna región, no se cuál, poblada por la imaginación creadora de los dioses del arte.

Nada de cuanto modelaron griegos, ni de cuanto cincelaron florentinos, puede superar á la incomparable estructura de su cuerpo. Su rostro era como el que la tradición artística da á todas las ninfas acuáticas y terrestres, á las diosas que fueron, á las jubiladas matronas simbólicas que durante siglos han representado en doradas techumbres el pensamiento humano. Más perfecta belleza no ví jamás; pero no era fácil contemplarla, porque sus ojos eran como pedazos del mismo sol, que deslumbraban y ofendían quemando la vista, de tal modo que perdería la suya el observador si se obstinara en mirar sin vidrios ahumados la hermosa imagen. De sus cabellos no diré sino que me parecieron hilos del más fino oro de Arabia, perfumados de aroma campesino, y que en ellos se entretejían amapolas y espigas en preciosa guiarnalda.

Su vestido era, más que tal vestido, una especie de túnica caliginosa, una flotante neblina que la envolvía, ocultando ó dejando ver, según las posturas de la dama, ésta ó la otra parte de su cuerpo. No tenía yo noticia de aquella singularísima manera de presentarse en sociedad, y si he de hablar claro, el atavío de mi noble compañera de viaje parecióme en el primer momento escandaloso y desenvuelto en gran manera. Pero bastaron algunos minutos de observación para formar juicio más favorable. En las divinas formas, en la actitud graciosa y natural de la viajera, así como en sus palabras y ademanes, resplandecían la castidad más perfecta y la más irreprochable decencia.

III

Y eso que la señora, si no era el mismo fuego, lo parecía. Dilogo, porque echaba de su cuerpo un calor tan extraordinario, que desde su misteriosa entrada en el wagón empecé á sudar cual si estuviera en el mismo hogar de la máquina.

—Señora,—le dije respetuosamente, limpiando el copioso sudor de mi rostro,—permitame usted que me aleje todo lo posible de su persona, porque, ó yo no entiendo de verano, ó es usted la misma Cenicula en cuerpo y alma.

Sonrió con bondad, y rebuscando en cierto morralillo que á la espalda traía, ofrecióme un abanico. Felizmente yo llevaba espejuelos azules con los que pude resguardar mi vista de los flamígeros ojos de la señora. A pesar de estas precauciones, cuando el tren se precipitó por las llanuras de la izquierda del Guadalquivir, la irradiación calorífica de mi compañera aumentó de tal modo, que destrocé el abanico sin poder refrescarme. Las perspectivas, ora interesantes, ora comunes del viaje, aburríanme soberanamente. Los pinos valsaban en mareantes círculos ante mi vista; marchaban en columna cerrada los olivos de Utrera, como ordenados ejércitos que van al combate, sin que estos juegos de

óptica, ni el variado espectáculo de las sucesivas estaciones, ni la cercana presencia de Sevilla, que desde el último confín visible nos saludaba con su Giralda, aplacaran mi mal humor.

Sevilla nos vió llegar al fin junto á sus achicharrados muros que quemaban como calderas puestas al fuego. Reposaba la placentera ciudad bajo mil toldos, adormeciéndose en la fresca umbría de sus patios. Las cien torres, presididas por la veleidosa mujer de bronce que da vueltas, á ciento veintidos varas del suelo, desafiaban al furioso sol. Cual condenados, cuyo itinerario de expiación ha sido invertido, subían á los infiernos.

No pude contenerme, y dije á la dama:

«Presumo que usted se quedará en esta estación que tan bien cuadra á su temperamento.

—No señor—repuso con la timidez de una novicia.—Voy á Madrid.

Y diciéndolo, se acercó á mí. Creí hallarme de súbito en la proximidad de un incendio, porque no era ya calor, sino llamaradas insoportables, lo que el misterioso cuerpo de la endemoniada ninfa despedía.

—Señora, señora, por amor de Dios—exclamé.—Es muy doloroso para un caballero huir.... Es un desaire, una grosería, pero....

Me hubiera arrojado por la ventanilla si la rapidez de la locomoción no me lo impidiese. Felizmente, la misma que tan sin piedad me achicharraba, brindóme con refrescos, que sacó no sé de dónde, y esto me hizo más tolerable su platónica respiración y aquel tufo de infierno que de su hermoso cuerpo emanaba.

Ibamos por la alegre comarca que separa las Dos famosas Hermanas andaluzas á orillas del florido río, entre naranjales y olivos, saludando cada dos ó tres leguas á un pueblo amigo, tal como Lora, Peñafior, Palma. Ya cerca de Córdoba, mi sofocación puso á prueba mi paciencia, pues sintiendo que los sesos me burbujaban como si hirvieran, y que mi sangre se iba pareciendo á un metal derretido, tomé la resolución de librarme de la molesta compañera que desde Jerez traía, y al punto, una vez parado el tren, apresuréme á poner en ejecución mi pensamiento, dando parte del caso á los empleados de la vía.

No sé por qué se reían de mí aquellos malditos, oyéndome formular mis justas quejas. Podría colegirse que yo me habría expresado en frases incongruentes y desatinadas. Era para reventar de cólera. El mismo jefe de la estación tratóme como á un loco cuando le dije:

—Sí señor, sí señor. Va en mi coche una señora que echa fuego por los ojos, y por todo el cuerpo un calor tan vivo que se podrían asar chuletas y freír pescado sobre las palmas de sus manos. Esto no se debe permitir.... Es un abuso, un escándalo. Me quejaré al inspector del Gobierno, al Gobernador, al Gobierno mismo.

Movióles la curiosidad, más que otra cosa, á registrar el departamento. En él continuaba la dama. Yo la ví.... era ella misma sin duda; pero no ya con aquellos ligerísimos ropajes que tanto llamaron mi atención, sino vestida con el habitual modo de nuestras damas. Sus ojos picarescos y vivos no des-

lumbraban ya; su cuerpo no tenía rastro de haber pasado por el infierno; llevaba en la cabeza el vulgar sombrerillo adornado de espigas, mas todo conforme al arte de las modistas, sin nada que trajese á la memoria el tocador de las diosas.

IV

Mudo y perplejo la contemplé, y no es dudoso que me deshice en cumplimientos y excusas, achacando á desvanecimiento de mi cabeza la increíble equivocación en que había incurrido; mas apenas marchó el tren camino de las sierras, volvió la dama á presentarse en su primera forma y desnudez, con los mismos cendales vaporosos que contorneaban sus bellas formas, con el mismo ornato de rústicas espigas en la cabellera de oro, los mismos ojos que no se podían mirar, y la propia irradiación abrasadora de su cuerpo. El calor que despedía era ya un calor ecuatorial, intolerable, un fuego que derretía mi persona, como si fuese de cera. Quise saltar del coche, llamar, vocear, pedir socorro; mas ella me detuvo. Caí exánime, sin fuerzas, todo sudoroso, desmayado, sin aliento; creo que mis facultades se alteraron profundamente; perdí la noción de todas las cosas, se nubló mi juicio, y apenas pude formular este pensamiento angustioso: «Estoy en las calderas infernales.»

Arrojado cual cuerpo muerto sobre los cojines, aspiraba con ansia el rarificado aire. La diabólica aparición llegóse á mí: sostuvo mi cabeza, dióme á beber no sé qué delicado y refrigerante licor que facilitó el trabajo de mis pulmones, difundiendo cierta frescura por todo mi cuerpo, y entonces me sentí mejor; mis excitados nervios se dilataron, dándome algún reposo; y al aclarármeme los sentidos, pude oír el discurso que con dulce voz me dirigió la señora, y que si mi memoria no me es infiel, fué de este modo.

V

«Yo soy la plenitud de la vida, la cúspide del año natural; soy la ley de madurez que preside al cumplimiento de todas las cosas, la realización de cuantos conatos bullen en el seno infinito de la Naturaleza. Antes de mí, todo es germen, esfuerzo, crecimiento, aspiración; después de mí, todo decae y muere. Soy el logro supremo y la victoria que se llama *fruto*, victoria admirable de las múltiples fuerzas que luchan con la muerte. Por mí vive todo lo que vive. Sin mí la Creación sería en vez de gloria y triunfo, una especie de bostezo perenne, el fastidio de los elementos al verse sin objeto. En el hombre, soy la edad del discernimiento y del trabajo; en la mujer, la fecundidad y el amor conyugal; en la Naturaleza, el desarrollo de todos los seres que al verse completos se recrean en sí mismos, apreciando por su propia magnificencia la magnificencia del Creador. Mis cabellos son el sol; mis ojos la luz; mi cuerpo el ardoroso ambiente que al pasar reparte la existencia; mi sombra el rocío que bautiza las nuevas vidas; mi habitación es el cielo con sus admirables ritmos; mi trono, el zenit. Soy la sazón universal.

«En mi curso infinito, guíame el dedo de Dios. Cuando aparezco, ya está todo preparado. Bástame sonreír para que el mundo se llene de frutos. El labrador me espera con ansia, porque mi benignidad ó mi cólera deciden su suerte. Dóile abundantes mieses y regalados frutos; le anuncio los mostos que llenarán sus tinajas; multiplico sus ganados y sus colmenas; aumento para el pescador los inmensos rebaños de los mares, y al industrioso le ofrezco días largos, al enfermo alivio, al sano alborozo, expansión al rico, consuelo al miserable.

«Celébranme los hombres de todas castas, y los que cultivan la tierra festejan mis clásicos días destinados al comercio, á la amistad, á los campesinos banquetes, á las regocijadas bodas. San Antonio, San Juan, San Pedro, el Carmen, Santiago, Santa Ana, San Lorenzo, la Virgen de Agosto, San Roque, la Virgen de Septiembre son en el orden religioso mis triunfales fechas.

«Mis días son fecundos y la vida se duplica en ellos, porque avivo las pasiones de los hombres, y exaltando su entusiasmo, les llevo á las acciones más osadas. Acúsanme de incitar á las revoluciones y de seducir á las muchedumbres, agitando en mis manos ardientes la bandera roja de la emancipación. Me vituperan por triunfos populares, y yo, sin pronunciar sentencia sobre esto, tan sólo digo que derribé la Bastilla, que destruí al vencedor de Europa no lejos de estos sitios por donde vamos, que también aquí salvé al mundo cristiano de las huestes de Mahoma. Yo abolí la Inquisición de España; yo detuve á los turcos á las puertas de Viena; yo he realizado mil y mil altísimos hechos cuyo número no puede contarse, pues son más que las vueltas que en todo el curso de nuestro viaje dan las ruedas del coche en que velozmente caminamos.»

VI

Y era la verdad que caminaba con rapidez, traspasando ya la fragosa sierra que es muro de Castilla. Había caído mansamente la tarde, y con la mudanza del cielo la señora aplacaba sus insoportables ardores, como fragua en que mueren durmiéndose las brasas. Sus ojos seguían brillando, mas no con el resplandor del sol, sino con claridad blanquecina semejante á la de la luna. Su cuerpo despedía tibieza grata, que poco á poco se iba trocando en frescura. De este modo, la repulsiva diosa, cuyo contacto sofocaba, se convertía en el sér más bello y amable que imaginarse puede, y todo convidaba á reposar á su lado con sosiego y descuido, viendo rodar las horas y los astros, sintiendo pasar el aire rico en fragancias.

Sus miradas me causaban dulce arrobamiento. Ví en sus pupilas algo semejante al plateado reflejo de un lago tranquilo, y su sonrisa me sumergía en dulce éxtasis. En sus labios observé no sé qué cosa semejante á celestiales puertas que se abrían.

Así pasamos toda la noche, recorriendo de un cabo á otro la tierra ilustre que sirvió de campo á la inaginaria contienda de lo ideal con el positivismo. Pero la noche recogía sus obscuridades para huir á punto que salían á saludarnos los primeros árbo-

les de Aranjuez, no lejos de donde celebran pacto de amistad eterna Tajo y Jarama.

Rueda que rueda y silba que silba, entre polvo y ruido, llegamos al fin á Madrid, donde mi compañera de viaje, profundamente aficionada á mi persona, no quiso dejarme, y me siguió en el coche, y se aposentó en mi mismo cuarto, y se sentó á mi mesa, vuelta ya á su primitivo estado, ó sea á la desnudez abrasadora en que se apareció, pero conservando siempre aquel natural fantástico que la hacía invisible para todos, excepto para mí.

Por el día, hizome sudar la gota gorda, y me sofocaba con solo acercar á mí las yemas de sus candentes dedos; mas llegada la noche, recobró su constitución tibia y placentera, alcanzando de mí las amistades que no podía concederle á la luz del sol.

Lo más extraño es que habiéndola invitado á comer en los Jardines del Buen Retiro, la bendita señora descubrió de súbito unas mañas que me pusieron en gran desasosiego, y fué que en mitad del yantar, pretextando que su naturaleza lo exigía, empezó á menudear copas y á vaciar botellas con tanta presteza, que aquella no era señora, sino más bien una bacante.

VII

No bien habíamos concluido de comer, cuando la dama, enteramente transformada por todo aquel líquido que había metido entré pecho y espalda, empezó á hacer los más desafortados desatinos que pueden verse. Agitó primero las palmas de las manos, al modo de abanico, haciendo correr un aire cálido y seco que tostaba. Después rompió á reír con carcajadas estrepitosas de insensato, y cayó espantosa lluvia, que puso como nuevos á los parroquianos de aquel hermoso sitio, obligándoles á dispersarse. Corrió después la niña con tanta rapidez que parecía vendaval, rompiendo las bombas de vidrio, alzando las faldas á las señoras, arrebatando sus sombreros á los galanes, desgarrando el telón del teatro, doblando los árboles, haciendo gemir las ramas y cubriendo de hojas los mecheros del gas. No he visto dispersión tan precipitada, pánico tan horrible ni confusión más grande. ¡Y cómo reía la pícara al ver tales estragos! Yo procuraba calmarla, mas esto no era posible. Temí que la llevaran á la prevención por sus diabluras; pero la muy tunanta tuvo la suerte (como todos los pillos) de que no la viera la policía.

Después que desató sobre Madrid la importuna lluvia que tanto molestó á los paseantes, sopló á diestro y siniestro, y he aquí que comienza un frío seco y displicente que hace tiritar á todo el mundo. Estirando los cuellos de sus ligeros gabancillos, y abrigándose con pañuelos de la mano á falta de otra cosa, los madrileños corrían á sus casas, y gruñendo murmuraban: «¡Qué demonio de clima! ¡Maldito sea Madrid y quien aquí puso la corte de España!»

La misma autora de tantos desastres andaba con capa aquella noche burlándose de los cortesanos y de su cólera. Yo no pude contenerme y le eché en cara su conducta, diciéndole que no me parecía pro-

pio de personas bien educadas molestar al prójimo y turbar diversiones lícitas.

Echóse á reír de nuevo, y me dijo que en Madrid no pasaba semana sin hacer alguna travesura de aquel jaez; que la alegría de la capital y su constante humor de bromas era contagiosa, por lo cual ella no podía resistir á la tentación de dar chascos; que se complacía en deshacer las fiestas, en trastornar el tiempo, en soltar los fríos del Norte después de sofocantes horas, y que se divertía mucho viendo el descontento de la gente madrileña. Añadió que no pudiendo eximirse de asistir á francachelas y comilonas, la obligaban á empinar el codo, y que una vez alterado el sentido, hacía las mayores locuras, casi sin darse cuenta de ellas.

Yo le dije que la veía camino de Leganés si se repetían sus pesadas bromas; pero ella, riendo de mi enfado, me contestó que al día siguiente el calor sería más insoportable.

Así fué en efecto, por lo cual tomé las de Villadiego hacia el Norte, metiéndome en el tren al pie de la montaña del Príncipe Pío: y he aquí que no había andado dos metros la máquina, cuando mi compañera y amiga tomaba asiento junto á mí.

VIII

—Madrid es feliz—le dije,—si usted le abandona.

—No, porqué allí dejo mis delegados, que son como yo misma.

Excuso decir que la señora, transformada por la noche, era la más grata compañera de viaje que puede concebirse. De tiempo en tiempo sus ojos despedían lívidos relámpagos, lo que me puso algo intranquilo; pero no pasó de ahí, y á la claridad que difundían sus miradas por todo el espacio, ví el Escorial, monte de arquitectura al pie de otro monte; ví los extensos pinares, cuyo bailoteo al paso de minueto me recordaba los olivos de Andalucía; traspasamos la alta sierra en cuyo término Santa Teresa ha dejado su imperecedera memoria sobre un caserío amurallado que parece montón de ruinas.

Arévalo, Medina, los graneros y las eras de Castilla, nos vieron pasar, y sobre el suelo amarilleaba la paja recién separada del grano. Pasábamos por los dormidos pueblos, que ni al estrépito del tren despertaban, y cuando avanzó la noche y aumentó el silencio de los campos, nuestro inmenso vehículo articulado parecía un gran perro fantástico que corría ladrando de provincia en provincia.

Valladolid la dormida se quedó á mano izquierda, obscura, grande, glacial, acariciada por su amante Pisuegra, que anhela despertarla y apenas lo consigue. Atravesamos luego los frescos viñedos y deliciosas huertas de Dueñas la troglodita, que vive en cuevas. Vino al poco rato Venta de Baños, que es un mesón puesto en una encrucijada de vías férreas en desierto campo. Torciendo ligeramente á la izquierda, tocamos en Palencia, ya inundada de sol, sin soltar jamás el manto de polvo que la cubre, y luego atravesamos la tierra de Campos, surcada por el arado de un cabo á otro, toda seca, llana, ardiente, verdadero mapa trazado sobre yesca. Ninguna montaña grande ni chica ha encontrado apetecibles aquellos sitios para fijar su residen-

cia; ningún río caudaloso la ha escogido para pasarse en ella; ningún bosque arraiga en su suelo.

Más allá, arroyos y lagunas, en cuyo espejo se miran hileras de chopos, anuncian la frescura de próximos montes cuyas primeras estribaciones acomete el tren sin que le estorben rocas ni pantanos. Venciendo las grandes masas de la cordillera, que convidan á la ascensión, el tren se empeña en subir á Reinosa, la encapotada vecina de las nubes, y lo consigue.

Más allá, un monte hurraño se empeña en detenernos el paso. ¡Pueril terquedad! En castigo de su impertinencia es atravesado de parte á parte, y el tren pasa como la aguja por la tela. Después todo es fragosidad, aspereza, bosques en declive que se agarran á la tierra y á las rocas con sus torcidas raíces: arroyos que se precipitan gritando como chicos que salen de la escuela. Pero antes vimos el Pisuegra, un miserable hilo de agua, que describiendo más curvas que un borracho se dirige al Sur, y el Ebro, un niño que pronto será hombre, y marcha hacia Levante.

Nosotros marchamos con las aguas que van hacia el Norte. A poco de salir de aquel largo túnel, que parece una pesadilla, se nos presenta á la derecha un chicuelo jugueteón que marcha á nuestro lado brincando, haciendo cabriolas, riendo y echando bromitas á todas las piedras y troncos que en su camino encuentra. Es el Besaya, un modesto río que nos acompañará gran trecho.

Mientras descendemos con no poco trabajo la gigantesca escalera del Cantabria, el pillete, en vez de trazar curvas como nosotros, de monte en monte, baja á saltos, y le vemos en la hondura, riendo y jugando. Pero no quiere abandonarnos, y en Bárcena de pie de Concha se nos pone al lado izquierdo, y por todos aquellos valles y cañadas nos va dando conversación con mucha cortesía y sosegado estilo.

En una garganta tapizada de lozano verdor, hallamos las Caldas, una gran tina entre dos montañas, y poco más allá, agujereando montes y franqueando precipicios, salimos á un ancho y hermoso valle. Allí el Sr. Besaya se despide cortesmente de nosotros, pues su amigo (el Saja) le espera en Torrelavega para ir juntos á tomar baños de mar. Le damos las gracias por su atención y seguimos.

Las praderas verdes y limpias á nada del mundo son comparadas en belleza; los bosques de castaños se extienden por las laderas, á cuya falda ricas huertas y frondosos maizales recrean la vista y el ánimo con su lozanía. Atravesamos por entre rejas un gran río que dicen Pas, y poco después olemos el mar. Sin duda está cerca. Anúnciase en irregulares charcas, como dedos retorcidos; vemos después sus manos que agarran la tierra, y por último un enorme brazo que se introduce entre dos cordilleras.

X

¿Y mi compañera de viaje?

Al llegar aquí, mejor dicho, desde que dejamos aquellas fastidiosas llanuras castellanas, desaparecieron los accidentes caniculares que tan aborreci-

ble me la habían hecho. Amenguóse el resplandor molesto de sus ojos, que brillaban, sí, pero empañados por tenues celajes; dejó de echar fuego como fragua su hermoso cuerpo, y pude acercarme libremente á ella, sintiendo, antes que calor, un dulce temple que á un tiempo confortaba cuerpo y alma.

Despertóse de improviso en mí viva inclinación hacia á ella. Hablamos, se animó mi conversación con requiebros y se salpimentó con suspiros, me entusiasmé, coqueteé, me entusiasmé más, me declaré, hicele proposiciones de matrimonio. ¡Ay! humanos, ¿sois mortales porque sois débiles, ó sois débiles porque sois hombres?

Condújome la taimada á un delicioso lugar, nombrado Sardinero, vecino al Océano, verde y cubierto de flores como un jardín, reuniendo en sí la suave tibieza de la tierra y la frescura del mar, un verjel con playa de doradas arenas, donde las holgazanas olas se extienden desperezándose al sol, un montecillo encantador, primaveral, compendio de todas las bellezas de la Naturaleza.

Mi compañera, á quien desde aquel instante llamé mi esposa (porque consintió en serlo con pérfida complacencia), me sumergió en el mar, me invitó después á paseos y meriendas. ¡Oh, que felices días pasamos! ¡Qué apacibles noches! ¡Cómo rodaban las horas sin que sus pasos sonaran sobre aquel césped florido ni sobre las cariñosas arenas de la playa! Yo era el hombre más feliz de la creación hasta que un día, ¡infausto día! .. Nunca había visto á mi compañera tan hermosa, ni tan alegre, ni tan amable....

Nos bañamos juntos, disfrutando del halago de las olas, asidos de las manos, mirándonos el uno al otro, cuando de repente desapareció no sé cómo ni por dónde, dejándome lelo, lleno de desesperación. Busquéla por todos lados, dentro y fuera del agua. No estaba en ninguna parte. Me eché á llorar y sentí frío, un frío que penetraba hasta mis huesos.

¡Triste, tristísimo día, horrible fecha! La recuerdo bien.

Era el 22 de Septiembre.

B. PÉREZ GALDÓS.

NUESTROS COLABORADORES EN EL EXTRANJERO.

Comunicamos á nuestros lectores que habiendo adquirido la colaboración del Sr. Abogado Nicola Rubino, eminente escritor italiano, director de «La Crítica» de Nápoles, tendremos el gusto de comenzar á publicar artículos suyos, brillantísimos de forma y vibrantes de sentimiento. Tendrán ocasión nuestros abonados, desde luego, de gustar y de admirar las sensaciones de arte oriental que nuestro nuevo colaborador nos ha enviado con el título de «Piccoli Azzurri d'Oriente.»

EN HOMENAJE AL DUQUE JOB,

Organizará en su salón la *Revista Moderna*, la noche del día 3 del próximo Febrero, un festival artístico.

Oportunamente se repartirán las invitaciones.
